

FILMS
DE AMOR

PIERNAS AL SOL



NÚM.
219

25
CTS.

Arthur Lake - Dorothy Revier

NEILAN, Marshall

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

CALLE VALENCIA, 284 - APARTADO 707

Sociedad General Española de Librería

BARBARÁ, 16

BARCELONA

AÑO V

Núm. 219

Tanned Legs, 1929

PIERNAS AL SOL

Adaptación en forma de novela de la
comedia musical del mismo título, in-
terpretada por el notable artista

ARTHUR LAKE

Versión novelesca de E. MOLDES

EXCLUSIVAS
CINÆS, S. A.

Via Layetana, 55 Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



卷之三

I

La familia Reynolds—familia de multimillonarios y de ociosos—se distinguía por su modernidad, aunque algunos de sus componentes pertenecía al siglo pasado. Pero, ¡que importan los años cuando el espíritu es joven! El señor Reynolds y su esposa eran, en realidad, de la misma nueva generación que sus hijos. Y puesto que lo eran, había que demostrarlo.

¡Y cómo lo demostraban!

El jefe de la familia—ciento y pico de kilos de peso — flirteaba descaradamente con una dama que él creía del gran mundo, pero que era solamente una mundana: la señora Lyons King. Su esposa veía a todas horas ese flirt, pero no se ofendía; se limitaba a pagarle en la misma moneda, flirteando ella, a su vez, con Roger Fleming, un buen mozo de treinta años.

Dos hijas tenía el matrimonio, casaderas ya, y, naturalmente, a ninguna de ellas le faltaba pareja. Janet, la mayor, trataba como a novio a Clinton Darrow, uno de esos hombres correctos, bien vestidos, de finos modales, a quienes se ve siempre alternando con millonarios en "palaces", tés danzantes y playas de moda, aunque nadie conozca la fuente de sus ingresos.

Peggy, la menor—dieciocho primaveras como dieciocho soles—, no podía quedarse atrás, y conjugaba el verbo amar, sin gran apasionamiento, con un chiquillo como ella: Bill Roberts, que se pasaba el día suspirando por sus hechuras.

Sin embargo, es preciso reconocer que Peggy, a pesar de su juventud, era la cabeza mejor equilibrada de la familia.

Pero eso ya lo irá observando el curioso lector...

Cuando comienza nuestra historia, la familia Reynolds y sus flirts se hallaban, quemando grasas y respirando oxígeno, en una playa de moda de los Estados Unidos. Era una vida casi primitiva la que llevaban durante el día, todos luciendo sus "maillots" y sus muslos, tersos o yelludos, y por la noche, a la hora del baile en el Club Rompeolas, los caballeros se enfundaban sus smokings y las damas se desnudaban un poquito más.

Cierto día, cuando el sol era más fuerte

y la animación llegaba a su ápogeo en el parque del club, contiguo al mar, el señor Reynolds y la señora Lyons King se entregaban a su flirt, bajo un enorme parásol, sin cuidarse de los comentarios irónicos que su actitud suscitaba.

—No he visto en mi vida mujer más llena de atractivos que usted—decía el millonario a la dama, como pudiera decírselo un tiburón.

—Es usted demasiado adulador para que le crea, señor Reynolds—respondía la mundana—. Además, piense en su esposa.

—¡Mi esposa no me comprende!... Mírela usted y juzgue por sí misma...

En efecto, a poca distancia y bajo otro parasol, la señora Reynolds, que tenía instintos de pitonisa, tenía entre sus manos la diestra de Roger Fleming, y le decía admirativamente:

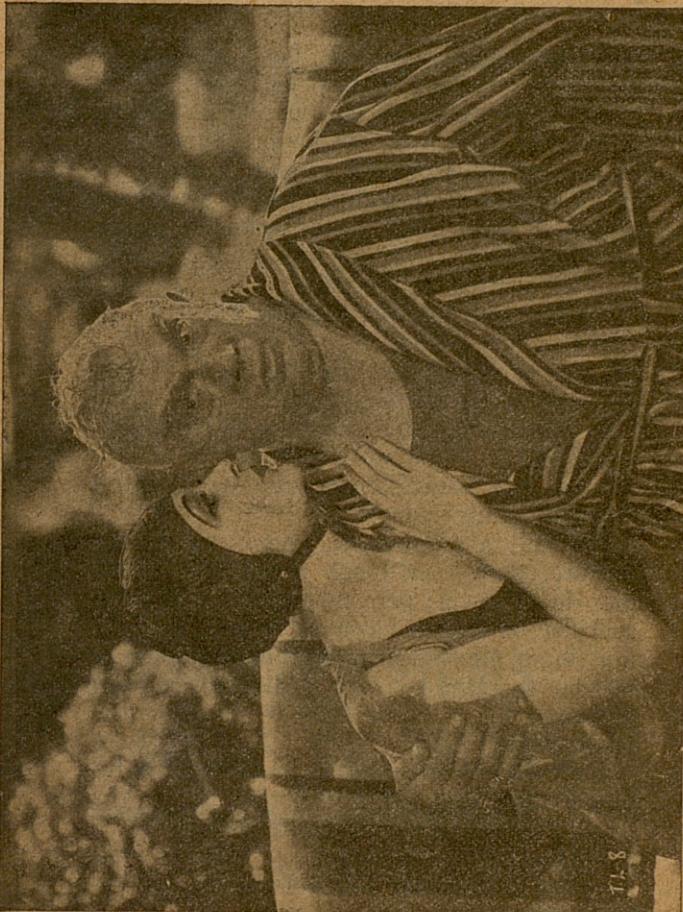
—¡Qué mano tan interesante tiene usted! Esta raya indica que en su vida hay cierta morena.

(No hemos dicho que la señora Reynolds era morena... teñida).

—¿Es bonita?—preguntó Roger—. ¿Es casada?

—Sí, es casada... Su marido no la comprende... y la pobre se pasa la vida solita, trenzando los dedos.

Tanto la señora Reynolds como su marido



La señora Lyons King había conquistado...

llevaban su "modernidad" hasta el extremo, no ya de recatarse el uno del otro, sino ni siquiera de recatarse de sus hijos. Peggy, que acababa de salir del baño, y que venía al parque acompañada, como siempre, de su inseparable Bill, se quedó seria repentinamente. Fueron vanos los esfuerzos de su novio para llevar la risa a sus labios. Y éste, vencido al cabo, le preguntó:

- ¿Por qué tan preocupada, Peggy?
- Por mis padres...
- No te ocupes de ellos, sino de ti. ¿Cuándo piensas que nos casemos?
- Antes tengo una misión que cumplir...
- ¿Tú?... ¿Una misión, tú?...
- No me casaré hasta que haga entrar en razón a mis padres.

Iba Bill a alborotarse, como era su costumbre, para caer luego arrepentido a los pies de su novia; pero no pudo. Un hombre acababa de llegar hasta el rincón del parque donde ellos se encontraban, y después de saludar con una sonrisa, se disponía a pasar de largo. Era Clinton Darrow. Peggy corrió hacia él:

- Precisamente, Bill y yo estábamos hablando de usted, señor Darrow...
- ¿Puedo saber a propósito de qué?
- De... de mi hermana... ¿Cuándo piensa usted formalizar sus relaciones con Janet?

—¡Qué pregunta!... No sé todavía... ¿Por qué lo dice usted?

- Porque... es mi hermana...
- Ya lo sabía.
- ...y la gente empieza a murmurar.
- No se preocupe, Peggy... Cuando me decida a hacerlo, ya se lo haré saber a usted con anticipación, para su tranquilidad.

BIBLIOTECA FILMS ¶ FILMS DE AMOR

Son las mejores novelas
cinematográficas

II

Clinton Darrow descubrió al señor Reynolds entre la multitud del parque, y fuése directo a él, suplicándole, cuando estuvo a su lado, que le presentase a la señora Lyons King, a quien deseaba vivamente conocer.

No se negó, naturalmente, el millonario a hacer las presentaciones y Darrow, inclinándose ante la dama, le dijo:

—¡Tantísimo gusto, señora! Me ha hablado de usted un amigo mío, a quien hizo usted ganar cien mil dólares en un negocio de compra de caoba.

—¿Es cierto? —preguntó Reynolds, despierta su codicia de comerciante—. ¿Usted vende caoba?

—Sí —respondió la dama displicentemente—. Poseo unos bosques en las islas Hawái.

Cuando el millonario se separó de su flirt, pensó que los negocios y el placer podían marchar juntos, pues nada había que los hiciera incompatibles.

Al reunirse de nuevo, no le costó gran trabajo convencer a la señora Lyons King de que el próximo negocio de caoba lo realiza-

ría él por su cuenta; y como entre gentes de negocios habla mucho más elocuentemente el dinero que las palabras, el señor Reynolds no vaciló en poner en las manos de su amiga un cheque por valor de cincuenta mil dólares.

Después, cuando se vió a solas en su habitación, se frotó las manos satisfecho.

—¡Esto sí que es matar dos pájaros de un tiro! —se dijo a sí mismo—. ¡Hay que engañarse: soy un águila!

Pero los grandes hombres pecan, a veces, por exceso de ingenuidad. El señor Reynolds, en su optimismo de negociante satisfecho, no había advertido que durante el breve diálogo que habían sostenido los tres juntos, es decir, él, la señora Lyons King y Darrow, se habían cambiado entre estos dos últimos miradas y señas muy significativas, que otro más astuto que él hubiera recogido.

A decir verdad, todo era comedia en la vida pública de aquellos dos sujetos; desde la presentación solicitada por Darrow, fingiendo no conocer a la señora Lyons King, hasta la afirmación de ésta de que poseía vastos bosques de caoba en las islas de Hawái.

Eran ambos dos aventureros, injertos en estafadores, que frecuentaban los sitios mundanos con la esperanza de realizar algún negocio fructífero. Esta vez lo habían realizado, o estaban a punto de realizarlo, y por

partida doble. Mientras la señora Lyons King dirigía sus dardos contra la cartera de Reynolds, Darrow apuntaba también al mismo blanco, pero no directamente, como su cómplice, sino a través de la belleza suave de Janet, la hija mayor del multimillonario.

Se vieron aquella noche, después de haber cometido el señor Reynolds la candidez de entregar el cheque a su flirt, y Darrow, dirigiendo la vista a su alrededor, por si algunos ojos indiscretos los espiaban, dijo a su amante en voz baja:

—¿Has cobrado ya?

—Sí... Aquí está el cheque.

—¿Cuánto?

—Cincuenta mil dólares.

—¡Magnífico! Yo pienso sacarle otros cincuenta mil por las cartas de Janet.

—¡Pobre hombre! A ése no le quedarán ganas de volver a flirtear.

—Una lección así se paga barata siempre... El "Leviathan" sale el jueves.

—¡Y nosotros en él!

—¡Cómo vamos a divertirnos!... Londres, Berlín, París... ¡Cien mil dólares para gastar!

—¡La vida es bella mientras haya tontos en el mundo que se dejen desplumar!

—¡Y mientras haya listos que los desplumen!

Rieron. Se besaron.

El señor Reynolds, en aquellos momentos, dormía beatíficamente, soñando con grandes bosques de caoba...

III

El desengaño de Reynolds, cuando sobreviniese, le causaría, sin duda, una herida; pero sería una herida casi a flor de piel, que se cicatrizaría pronto. Había pasado para él, hacía ya mucho tiempo, la edad de las grandes pasiones, y aquella burla no haría más que poner un poco de hiel en su vejez.

El desengaño de Janet sería, en cambio, mucho más profundo.

Janet había cometido la tontería de enamorarse de Clinton Darrow. Le conoció en los lugares "chic" que ella frecuentaba. El aventurero vestía bien, gastaba dinero, se portaba con una corrección exquisita, hablaba bien, y sobre todo, había en sus palabras, en sus gestos, un tinte de melancolía, que a una muchacha romántica, como era la hija mayor de Reynolds, forzosamente había de impresionarle.

Cuando la familia Reynolds se trasladó a

la playa, él la siguió. Nadie sospechaba de él; a ninguno se le ocurrió preguntarle por su pasado. Los padres de Janet andaban harto ocupados en sus flirts respectivos para perder tiempo en vigilar a su hija. La dejaron, pues, en absoluta libertad. Conviene decir en su descargo que Darrow tenía toda la apariencia de un hijo de familia "bien", y no era sensato, por lo tanto, dudar de sus intenciones.

Aquello acabaría en boda. Estaba descontento.

Lo malo era que el joven pretendiente, que acompañaba a la familia a todas partes y había conseguido ganar el alma de Janet, no se decidía a hacer públicas sus relaciones.

Esta demora acabó por llamar la atención de Peggy, que ya hemos dicho que era el único espíritu despierto de la familia, a pesar de su juventud. ¿Por qué Darrow no anunciaba su compromiso? ¿Qué le detenía? Nadie podía dudar de que era el novio de Janet, pues se les veía juntos en todos lados, en actitudes harto significativas. ¿A qué esperaba, entonces, para legalizar una situación que, entre los bañistas, empezaba ya a ser tema de murmuraciones?

Un día, hallándose en el parque del club, Peggy vió pasar solo a Darrow, y no pudo contenerse. Le llamó. Y acercándose él, ga-

lante como siempre, la muchacha le lanzó la andanada:

—Darrow, varias veces le he preguntado por qué no hace usted públicas sus relaciones con mi hermana, y varias veces me ha contestado usted con evasivas. Y esto no puede seguir... ¿Qué es lo que se propone hacer?

—¿Yo?—contestó el aventurero un poco desconcertado—... No sé que quiere usted decirme, Peggy... Pero me permito decirle una cosa: creo que hay en su familia personas de más representación que usted para hacerme amonestaciones...

Y sin añadir una palabra más, dió media vuelta y se retiró, digno y altivo. Quedóse la muchacha un tanto corrida, pero no por ello dejó de sospechar de Darrow; antes al contrario, sus sospechas se afirmaron más en su ánimo desde aquel momento. Adivinó vagamente a su hermana en peligro. No sabía ciertamente qué clase de peligro la amenazaba, pero su misma vaguedad del presentimiento, hacía éste más punzante y más doloroso.

Se puso a observar a Janet. Y pudo comprobar que en la joven se había operado un cambio radical. Ya no era la misma de antes; había huído de ella aquella alegría que era uno de sus principales atractivos; con frecuencia estaba triste y abstraída, como vi-

viendo una intensa vida interior; alguna vez la sorprendió llorando, y Janet no pudo dar una explicación aceptable de sus lágrimas.

Todo aquello era muy extraño. ¡Y sus padres sin enterarse de nada, como si hubiesen vuelto a la adolescencia! ¡Aquellos padres tan frívolos, tan ciegos, acorazados por su egoísmo contra todas las preocupaciones!

Peggy Reynolds tenía, en efecto, motivos sobrados para alarmarse.

Janet había creído en los juramentos de amor de Darrow y había ido más lejos de lo que fuera menester. La libertad en que la dejaban sus padres y la soledad de la playa por las noches, habían facilitado mil entrevistas amorosas, en las cuales los besos y las caricias no se habían escatimado.

Además, Janet había cometido la imprudencia de escribir a Darrow cartas ardientes, bastante comprometedoras para una muchacha soltera.

Con tales cartas esperaba el aventurero conseguir del señor Reynolds los cincuenta mil dólares que iban a permitirle, junto con los que ya había obtenido la señora Lyons King, recorrer Europa en viaje de placer.

IV

—En qué piensas, Janet?

—En nada, Clinton.

Estaban los dos sentados junto a la orilla del mar, cerca del "bungallow" de la familia Reynolds. Se creían solos. Pero una mirada atenta les observaba. ¿La de la madre de la joven? No. La señora Reynolds, presa en las redes de su flirt, había abandonado hacia tiempo sus deberes maternales. La mirada era de Peggy, quien, acompañada de Bill, no quería desperdiciar aquella ocasión que la casualidad le brindaba para averiguar el secreto de su hermana.

La noche era oscura, y esto favorecía el espionaje de la muchacha.

—Hace unos días que te veo preocupada —insistió Darrow, dirigiéndose a Janet.

—¿Quieres saber por qué?

—Eso es lo que te estoy pidiendo...

—Pues, sí, es cierto; estoy preocupada... Esta situación nuestra no puede prolongarse. Todo el mundo nos mira con cierta ironía, y estoy segura que se hacen a costa nuestros comentarios muy poco piadosos.

—¡Siempre pendiente del mundo!

—No puedo evitarlo... Esta sociedad que nos rodea, es nuestra sociedad. No quiero exponerme a que me señalen con el dedo.

—Hay que aprender a despreciar al mundo, Janet.

—¿Lo desprecias tú, acaso?... Sí; pero solamente en lo que a mí se refiere. En lo demás, eres tan esclavo como yo de las conveniencias sociales.

—Eres injusta.

—Hablemos claramente, Clinton — dijo Janet con decisión—. Aquí nadie nos oye. ¿Cuándo piensas formalizar nuestras relaciones?

—¿A qué hablar ahora de eso, Janet? ¿A qué poner la prosa de una vulgaridad en la gloriosa poesía de esta noche?

—¡Palabras, palabras!... ¡Estoy cansada de palabras! ¡Quiero hechos concretos!... Te repito mi pregunta: ¿Cuándo piensas formalizar nuestras relaciones?

—Pues... no sé... no lo he decidido aún...

—Clinton, tú no me hablas con lealtad... ¿Tienes, tal vez, otro compromiso?

—¡No! ¡Qué tontería!...

—¡No tanta tontería! Tu comportamiento lo hace suponer.

—Por que tú te empeñas en ver las cosas con cristal de aumento.

—Como quieras... Pero no estoy dispuesta a consentir que esto continúe...

—¿Qué piensas hacer?

—Muy sencillo... O tú señales fecha para hacer público nuestro noviazgo, o nuestras relaciones han terminado.

Clinton Darrow miró a Janet, y, de pronto, adquirió un aire cínico; caía su máscara de hombre respetable, y se presentaba el aventurero tal cual era.

—¿Y en ese caso, quién saldría perdiendo de los dos? —preguntó sonriendo.

—¿Quéquieres dar a entender?

—Nada grave a nuestros ojos; pero sí a los ojos de esa sociedad que tanto dices que te importa... Recuerda que conservo una colección de cartas tuyas a cual más volcánica...

Janet se levantó de un salto. En aquel momento, y sólo en aquel momento, se daba cuenta de la magnitud de su equivocación. ¡Aquel hombre era un miserable! ¡Y ella había puesto en él su fe, su amor, su confianza... todo! ¡Oh! ¿Cómo no lo había visto antes? ¿Cómo era posible que hubiese estado tan ciega?

—¡Canalla! —silbó.

Darrow se levantó también, y sujetándola por una muñeca, le dijo en voz baja:

—¡Cuidado con lo que dices!

—¡Suéltame! ¡Me da asco que me toques

a un pelo de la ropa... ¡Asco!... ¡Si tuvieras decencia, me devolverías mis cartas!

—¡Si tú la tuvieses, no me las hubieras escrito!

—¡Oh, te odio! ¡Te odio tanto, que creo que te mataría!

—Me parece, querida, que la vida me reserva todavía algunos disgustos y no pocos placeres...

Y se alejó silbando, sin cuidarse ya de seguir ocultando la podredumbre de su alma.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

No deje de leer la novela más grande que se ha editado hasta el día, titulada

El Comediante

por ERNESTO VILCHES

**96 PÁGINAS DE TEXTO
UN APESA**

VII

Peggy y Bill no perdieron palabra de la entrevista. La situación del mozalbete era bastante embarazosa. Sin querer, se había enterado de uno de los secretos de la familia Reynolds, y de uno de los más desagradables, por cierto. Además, aquel espionaje le molestaba... y avivaba sus celos. Sus celos, sí; porque el lector, sin duda, ignora que Bill, a pesar de no tener que usar todavía la "Gillette", era un terrible Otelo, con imaginación suficiente para transformar en montañas el más ligero indicio.

Y el indicio era el siguiente: Desde hacía algunos días, es decir, desde que se había acentuado la melancolía de Janet, Peggy se había acercado a Darrow más de lo conveniente. Su propósito era, solamente, procurar averiguar cuál era la causa de la tristeza de su hermana. Pero Bill, suspicaz como buen celoso, no lo vió así, sino que se imaginó que el aventurero, mucho más hombre de mundo que él, había sabido cautivar a su novia con su charla frívola y sugestiva, jun-

tando en su carnet de conquistas los nombres de las dos hermanas.

Claro está que cada vez que insinuó a Peggy estas dudas, la muchacha se le rió en sus mismas narices, sin concederle más importancia que la que le concedería a un mosquito. Y Bill, avergonzado, tuvo que aventar sus dudas por miedo a batir el record del ridículo.

Pero esta noche, ante el espionaje de que Peggy hacía objeto a la pareja que tenía a pocos pasos, no se le ocurrió—como les sucede a todos los celosos—más que pensar lo más lógico, lo más irracional, lo más absurdo.

¡Si Peggy espiaba a Darrow y a Janet, no era porque le interesase la suerte de su hermana, sino porque sentía celos de ésta!

Y cuando se quedaron solos, después de haberse alejado Janet, cansada de llorar a solas en la playa, se lo dijo con las frases más enérgicas que encontró en su vocabulario. Y la contestación que le dió Peggy le dejó casi convencido:

—¡Eres un idiota!

Hubo una pausa, en la que Bill se examinó mentalmente a sí mismo, para comprobar si, en efecto, era un idiota; y luego, renunciando a averiguarlo, hizo una pregunta, que era, para él, el argumento definitivo:

—¿Entonces, por qué no te casas contigo?

—No te lo he dicho mil veces?... ¡Porque no me casaré hasta que consiga volver a mi familia al buen camino!

—Me parece que va para largo!

—Si no te conviene esperar, puedes hacer lo que acaba de hacer Darrow... Largarte y dejarme en paz.

—¿Es que lo deseas?

—Si lo desease, no estaría aquí contigo... Lo que no te permito es que hagas comentarios a costa de mi familia.

—¿Sabes qué estoy pensando? ¡Que tú y Darrow estáis en combinación!... Por eso él acaba de reñir con Janet, y por eso tú quieres ahora refir conmigo.

Peggy se levantó incomodada.

—¡Por segunda vez te llamo idiota esta noche!

—Pero... te aseguro, Peggy...

—Me duele la cabeza, Bill... Voy a acostarme.

Y echó a andar hacia el hotel donde se hospedaban, cercano al "bungalow", sin hacer caso de las protestas de arrepentimiento que, en el colmo de la turbación, traducía Bill en palabras balbuceantes.

Cuando Peggy llegó al hotel, tuvo que evitar la melosidad de su madre, que, las raras veces que la veía sin prisas, se empeñaba en

tratarla como a una niña, y se encerró en su cuarto.

Se tendió en la cama vestida con el pijama, y clavados los ojos en el techo, esperó. Llegaba hasta allí, apagado, el sonido de los instrumentos del "jazz-band", que abajo, en el "hall", destrozaba los tímpanos de los veraneantes.

Estuvo así un buen rato. De pronto, como si hubiese tomado una determinación heroica, se levantó del lecho, se acercó a la ventana abierta, se encaramó a ella, y un segundo después, agarrándose a los salientes del edificio, caminaba por la cornisa que moría al pie del balcón: el balcón de la habitación de Clinton Darrow.

Entró. Nadie la había visto. Seguramente, a aquella hora, todos los bañistas estaban en el "hall" matando alegremente la velada. Con febril impaciencia se puso a revolver las gavetas de todos los muebles que había en la habitación, y al fin, con aire satisfecho, se guardó unos papeles en el bolsillo.

En aquel momento entró Darrow; vió a Peggy, y dominando su sorpresa, exclamó:

—¡Qué placer tan grande verla a usted aquí!

Y se aproximó a ella con intención de abrazarla. Pero la joven se puso en guardia:

—¡No se haga usted ilusiones!... Si he entrado en esta habitación, ha sido por error.

—Permitame que no lo crea. Una indiscreción, tal vez; un error, jamás.

—¿Quiere usted abrirme la puerta?

—¿Por qué tanta prisa? Si una muchacha bonita entra en mi habitación, no voy a cometer la grosería de echarla tan pronto.

—Todavía le creo a usted un caballero, Darrow...

—Hablemos francamente... ¿Ha venido usted a buscar las cartas de Janet, no es verdad?

—Sí.

—Pues aquí están—añadió, sacándolas de un bolsillo del smoking.

—¡No es posible! ¿Entonces... estas otras que yo he cogido?...

—Esas no tienen ningún valor; fueron las primeras que me escribió su hermana... Las otras, las realmente comprometedoras para ella, no se apartan de mí.

—Tenía razón Janet! ¡Es usted un miserable!

—Eso ya lo discutiremos en otra ocasión... Ahora, lo que me importa es que está usted aquí, y que no se marchará sin que yo, por lo menos, la haya besado.

Nuevamente intentó abrazarla, y nuevamente Peggy se resistió. Forcejaron un poco junto a la ventana, y por fin pudo la muchacha escaparse, siguiendo el mismo camino por donde había venido.

Solo que esta vez, su proeza de "hombre-mosca" no pasó desapercibida. Había un descanso en el baile, y algunas personas tomaban el fresco fuera, en el parque que rodeaba el hotel. Entre esas personas estaba Janet y Bill.

VIII

—¡Te digo y te repito que la he visto yo, papá!

Era Janet la que hablaba, mejor dicho, la que rugía, dirigiéndose a sus padres. Estaba furiosa. Para ella, como para Bill, no había más visión que la que pintaban los celos. Y en esa visión, la pobre Peggy, tan joven, tan niña, representaba el papel de una vampiresa peor que Mesalina. ¡Ni por un momento pensó Janet que su hermana había corrido aquel riesgo, había puesto en peligro su reputación, por salvarla a ella! Sólo pensó que si Darrow había puesto fin a su compromiso aquella noche, era porque esperaba ya aquella visita.

El señor y la señora Reynolds se creyeron

en el caso de tomar en serio su rol de padres justicieros, y a toda prisa se encaminaron a la habitación de Peggy. La muchacha dormía o fingía dormir. No le valió, sin embargo, la estratagema, pues fué despertada bastante más violentamente de lo que fuera menester.

—¿Has salido de esta alcoba, Peggy? —le preguntó su padre con una expresión melodramática.

—Sí, papá —respondió la muchacha, incapaz de mentir ante aquellas caras severas —pero... te diré...

—Sí, es cierto también... pero dejadme que os explique...

—¡No hay explicación ni excusa posibles! —bramó el señor Reynolds—. ¡Nos has deshonrado!

—Pero, si no me dejáis deciros...

El millonario no la escuchaba ya. Se volvió, colérico, a Janet:

—Tú y tu madre tenéis la culpa de todo esto, por no haberla vigilado como era vuestro deber!

—¡Puedes hablar tú! —exclamó la señora Reynolds—... puedes hablar tú! ¡Enamorándote de la primera mujer que te hace guiños!

—¿Y tú?... ¿No te pasas la vida flirteando con jovencuelos!... ¡Ahora mismo, ese Roger! ¡En cuanto le vea, le mataré!

Salieron a relucir todos los trapos sucios; se arrojaron al rostro toda la bilis que durante muchos años de desvío y de incomprendión habían ido almacenando en sus espíritus. Y no se volvieron a acordar de sus hijas. Como siempre, lo mismo en las penas que en las alegrías, su egoísmo triunfaba, tan enorme, tan monstruoso, que, para suavizarlo un poco, no había más remedio que calificarlo de inconsciente.

A la mañana siguiente Peggy descendió a la playa como si nada hubiera ocurrido. Y, como todas las mañanas, Bill se acercó a ella. Pero no era el Bill de otras veces, dulce como un "ice cream". Era un cardo, un erizo, un puerco-espín. Si alguna palabra le dirigía su novia, él le contestaba con un gruñido. Al fin, Peggy le preguntó:

—¿Qué mosca te ha picado, Bill?

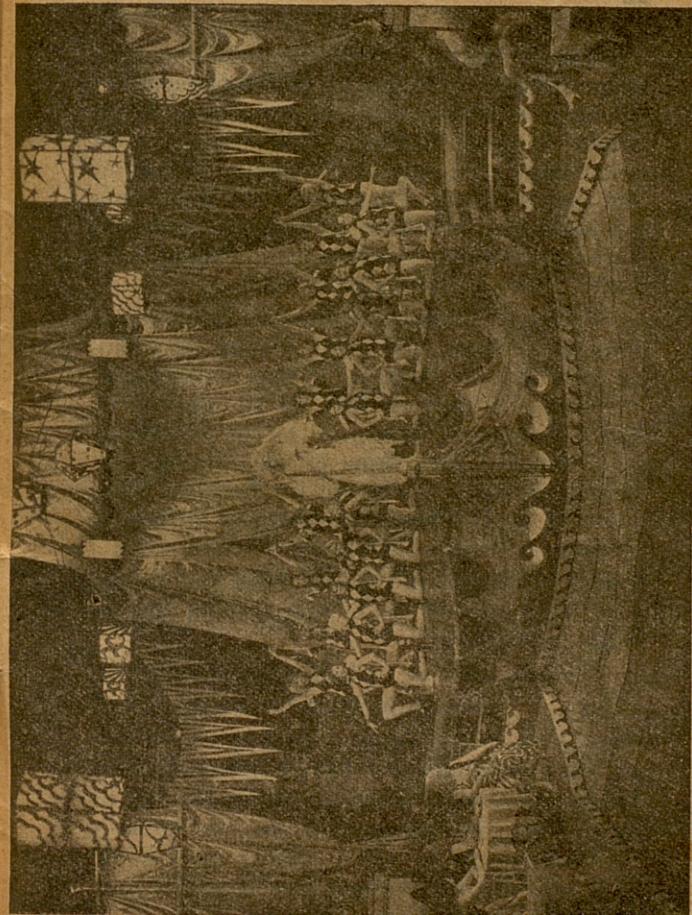
El mozalbete explotó como una bomba:

—¿Y me lo preguntas? ¿Tienes el cinismo de preguntármelo?... ¡Anoche te vi salir de la alcoba de Darrow... en pijama! ¡Necesito una explicación! ¡Y ha de ser ahora mismo!

—¡Una explicación!... ¡Y yo que creía que tenías fe en mí!

—Pero, mujer... ponte en mi lugar... yo te vi salir...

—¡Déjame en paz y no vuelvas a dirigirmé la palabra!



Una fiesta mundana se celebraba...

Al alejar a Bill, aunque no fuese más que momentáneamente, Peggy se había sacudido de encima el obstáculo más molesto. Libre ahora de movimientos, podría llevar a la práctica el plan que, en la noche de insomnio, había ideado. No renunciaba a salvar a su hermana, no. Era lo bastante generosa para arruinar su reputación si con ello lo graba poner a salvo la de Janet.

Se dirigió al hombre que hasta entonces más había aborrecido, pero que, en estos momentos de apuro era el que más confianza le inspiraba: Roger, el flirt de su madre. Le habló lealmente, le expuso lo comprometido que resultaba para Janet el que aquellas cartas siguiesen en poder de un hombre como Darrow, y Roger, caballeroso, se ofreció a rescatarlas, costase lo que costase.

Cuando Roger se quedó a solas, pudo apreciar la magnitud de la empresa en que se había embarcado.

Clinton Darrow, según declaración de Peggy, llevaba siempre las cartas en el bolsillo, y él sabía por propia experiencia que no era fácil quitárselas por la fuerza. Darrow había demostrado a casi todos los jóvenes de la estación veraniega que era un hábil y fuerte púgil y que sabía colocar un "uppercut" también como cualquier boxeador profesional.

Era preciso, pues, recurrir al ingenio. Y al ingenio recurrió Roger.

Precisamente, aquella noche se celebraba una gran fiesta en el Club Rompeolas, a la que, naturalmente, asistiría Darrow, y con las cartas en el bolsillo. Se puso nuestro hombre de acuerdo con varios amigos y decidieron simular un atraco cuando la fiesta se hallase en su apogeo.

Y llegó la noche, y la sala del Club Rompeolas resplandeció como un ascua de oro. A pesar de ello, todavía, en su angustia, encontró Janet un rincón discreto para acercarse por última vez a Darrow y pedirle nuevamente sus cartas. Pero una vez más el rufián se negó a dárselas, y la señorita Reynolds, fuera de sí, le abofeteó.

—¡Míralas! ¡Aquí están!... ¡Esa bofetada le va a costar a tu padre veinte mil dólares!

Media hora después, unos hombres enmascarados turbaban la animación de la fiesta con el grito de:

—¡Manos arriba!

Y las cartas de Darrow pasaron a manos de Roger, y poco después a las de Peggy.

Realizados sus planes, la menor de los Reynolds se apresuró a reunir a toda la familia, y una vez conseguido esto, entregó a Janet el paquete robado, diciéndole:

—Aquí están tus cartas, Janet.

Y mientras la joven reconocía su letra

en aquellos papeles, que tan ligeramente había escrito, Peggy, dirigiéndose a los presentes, continuó:

—Ha llegado la hora de explicarlo todo... Anoche fui al cuarto de Darrow a rescatar esas cartas, pero me fué imposible... En cambio, averigüé que Darrow y la señora Lyons King estaban de acuerdo... y que son una pareja de ladrones internacionales.

—¡Y yo que le di un cheque de cincuenta mil dólares! —gimió el señor Reynolds, sin poder contenerse.

—No te apures, papá. Aquí está el cheque entre las cartas.

—¿De modo —terció la señora Reynolds, —que regalas así cheques a una mujerzuela?

—Cállate, mamá, que tú y Roger... ¡Y gracias que yo intervine a tiempo! Por supuesto, que si aun fueras joven, no me hubiera importado... ¡pero a tus años, mamá!

Ante aquella niña erigida en juez, no cabía otro recurso que agachar la cabeza y aguantar el chubasco. Todos lo hicieron así, y podemos afirmar que Peggy se explayó a su gusto. Por fin, con la garganta seca, dijo las últimas palabras:

—Creo que ya es hora de que la familia Reynolds firme un armisticio, y de que todos nos comprometamos a sentar la cabeza.

Hubo lágrimas, abrazos, promesas de enmienda.



La familia Reynolds se hallaba reunida...

8.19-2-6/8

31

Pero aún le quedaba a Peggy algo por arreglar: su situación con Bill. Fué a buscále, y el muchacho, muy humilde, muy contrito, se acercó a ella:

—Peggy... anoche supe toda la verdad...
¡Eres sublime! Así, como suena: sublime...
Pero tendré que limitarime a pensarla...

—¿Por qué, Bill?

—Porque comprendo que no merezco tu perdón... ¡Adiós!

—Pero, ¿adónde vas?

—¡A combatir... al frente!

—Pero Bill, si hace años que se acabó la guerra...

—¡Toma, pues es verdad!... ¡No importa!
¡Me iré al frente chino!

—¿Al frente chino?

—¡Sí! ¡Allí hacen falta siempre hombres!

—¡Qué lástima que eso no sea verdad,
Bill! ¡Con lo que a mí me gustan los uniformes!...

Un beso selló la reconciliación, y si la lógica no engaña, el futuro hogar de una mujercita como Peggy sería, sin duda, un hogar modelo.

FIN

Ediciones Biblioteca Film

**96 PÁGINAS DE TEXTO
UNA PESETA**

TÍTULOS DE LOS TOMOS PUBLICADOS:

- EL ARCA DE NIE (2.^a edición).—D. Costello.
LAS MENTIRAS DE NINA PETROWNA.—Brigitte Helm
LA MASCARA DE HIERRO (4.^a edición).—D. Fairbanks.
TRAFAKGAR (3.^a edición).—C. Griffith.
LA MUJER DISPUTADA.—N. Talmadge.
EL LOCO CANTOR (3.^a edición).—Al Jonson.
LOS PECADOS DE LOS PADRES.—Emil Jannigs.
EL DESFILE DEL AMOR (8.^a edición).—M. Chevalier.
EL AMOR Y EL DIABLO.—María Corda.
RIO RITA (3.^a edición agotada).—Bebé Daniels.
RASPUTIN (4.^a edición).—W. Gaidaroff.
LA INTRUSA (3.^a edición).—Gloria Swanson.
LA MARSELLESA (3.^a edición).—L. La Plante.
¡ME PERTENECE! (6.^a edición).—F. Bertini.
LA FIERCILLA DOMADA (6.^a edición).—Mary-Douglas.
EL GENERAL CRAK (4.^a edición).—J. Barrymore.
EL REY VAGABUNDO (5.^a edición).—J. Mac Donald.
UN HOMBRE DE SUERTE.—Roberto Rey.
CASCARRABIAS (4.^a edición).—E. Vilches.
LA VOLUNTAD DEL MUERTO.—A. Moreno.
NOCHES DE NEW-YORK.—N. Talmadge.
LA MUJER EN LA LUNA.—Willy Fritsch.
EL ZEPELIN PERDIDO.—Conway Tearle.
LAS LUCES DE LA CIUDAD (2.^a ed.)—Charlie Chaplin.
SU NOCHE DE BODAS (3.^a edición).—Imp. Argentina.
DON JUAN DIPLOMÁTICO.—Celia Moltaibán.
EL EMBRUJO DE SEVILLA.—M. F. Ladrón de Guevara
LA ULTIMA ORDEN.—Emil Jannigs.
NAUFRAGOS DEL AMOR.—Jeannette Mac Donald.
LO MEJOR ES REIR.—Imperio Argentina.
UN CABALLERO DE FRAC.—Roberto Rey.
EL COMEDIANTE.—Ernesto Vilches.
LUCES DE BUENOS AIRES.—Carlos Gardel.

PEDIDOS A

Biblioteca Film - Apartado 707- Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis